



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11186

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 17 DE DICIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MEJOR POLÍTICA Y MÁS ADMINISTRACIÓN

Y no es errata; parecemos que es hora de romper, como inútil y poco práctico, el viejo cliché: mejor política y más administración; parecemos que ha llegado el momento de hacer mejor política, y más, mucha más administración.

Llevamos largo tiempo de predicar contra los políticos al uso. De buena fe les creemos autores de todas las desdichas de la Patria, y precisamente por esta creencia, pedimos... mejor política.

Si mejor, mucha mejor política. ¿Que esto parece una contradicción...? Lo sabemos, y por eso vamos a explicarnos.

No pedimos, ciertamente, que aumenten las intrigas, cabalías y conjuras, que constituyen lo que aquí se llama política; no pedimos que aumente el mánagoneo, crezca el desorden y llegue la ruina...; nada de eso pedimos; queremos sencillamente que hagan política los que no la hacen, los que no han de hacer la que hoy se hace, los que no tienen ambiciones, los que no han de tomarlo por oficio, aquéllos para quienes los cargos sean cargas.

Creémos que con estos ó con otros organismos, la regeneración, que tanta falta está haciendo, que tanto se proclama y tan fuerte y con tal apremio se pide, antes que en los principios ha de buscarse en las personas; antes que en el derecho, en la moral; primero que en las leyes, en las costumbres; antes que en la legislación, en los legisladores, y por eso, y para eso, pedimos mejor política.

Una nación de ángeles podría pasarse sin leyes y sin gobiernos; un país de hombres necesita leyes

y gobiernos que las apliquen; y ambos factores, ley y gobierno, han de ser armonicos, pues si la ley es mala, malos serán los resultados de su aplicación, y vice-versa si son los malos los gobernantes; con el derecho mas claro y completo, con la más sabia y moral de las legislaciones, gobernarán detestablemente, porq e donde la ley estorbe, saltarán por ella, donde no se esfuerza, la romperán, donde vean un claro, abrirán una brecha por donde puedan pasar sus ambiciones.

Esto último es cabalmente lo que sucede en España, donde la ley, sin llegar a afirmar que todas sean buenas, se puede asegurar que ninguna es absolutamente mala; pero, en cambio sin vacilar un momento, puede asegurarse que, hasta hoy, los modernos gobiernos han sido... peores. Si el mal está, pues, más que en los principios que informan las leyes, en los gobernantes que las vulneran y atropellan y falsean, hay que buscar el modo de sustituirlos. ¿Cómo? Haciendo mejor política....

Menos política y más administración, se decía antes. Ahora debe decirse: mejor política.... para que no voten por nosotros, y hay que pedir la representación, para que no nos representen mal.

Para que la política sea lo que debe ser, el arte de gobernar, hay que hacer que no sea lo que es, el mayor de los desgobiernos.

Si; hay que hacer mejor política para hacer más administración.

TIJERETAZOS

¿Saben ustedes quién tiene la culpa de lo que ha pasado?

El país.
Lo ha descubierto «El Correo Español», periódico carlista si los hay.
Y descubrirlo y salir disparando ve-

nablos contra el pobre pueblo ha sido todo uno.

Veas: la clase:

«De dos albardas, en efecto, se ha hecho digno el pueblo español que se cruza de brazos ante las desgracias sin cuento de la patria y que al relato de una serie aplastante de desastres y vergüenzas, parece que contesta con su silencio y su apatía: «ahí me las déa todas.»

«El Correo Español» es de la escuela de D. Majaderano, el personaje de «La pata de cabra», pero no es tan correcto.

Aquí renunció generosamente á la mano de D.ª Leonor, porque no le quería, pero la respetó.

«El Correo», harto de adular sin resultado, renuncia también, pero insulta á diestro y zurro, á quien, no dos, sino cuatro albardas y un aparejo redondo merecería si se dejara guiar por el colega.

Y cuánto le ha dolido al compañero la desilusión que ha llevado.

El creía que firmarse la paz y levantarse en armas el país serían cosas simultáneas y ante desilusión tan grande, dice que este pueblo no es el de la reconquista, ni el de la independencia ni siquiera el de las Carolinas.

Otra cosa le duele al colega más que eso.

Que no sea este pueblo el del treinta y tres y el del setenta y dos.

Paciencia y barajar.

Eso es lo que le falta al colega; la paciencia, hermana gemela de la resignación.

Por eso, porque no la tiene y porque le falta algo de lo que cualquier mortal lleva en el lado izquierdo del pecho, dice que el pueblo no ha dado los hombres y el dinero para la guerra por patriotismo, sino por apocamiento, por envilecimiento y por cobardía.

Esto de llamar cobardes á los padres que han perdido sus hijos en la guerra es cosa fortísima.

Si no fuera porque somos partidarios de que se respeten todos los derechos, hasta el del pataleo, sería cosa de tomar en serio los desplantes de ese periódico que siente la nostalgia de la guerra civil.

Adiós á la poesía

Esplendente poesía, virgen de ojos de cielo, que de luz tiene el alma y la sangre de fuego.

Ya en ardientes caricias y febriles excesos, ó ya en castos coloquios y fantásticos sueños,

yo rei con tus mimos, yo temblé con tus besos, y hallé amor en tus ojos y calor en tu pecho.

¡Yo escuché tus arrullos y busqué tus secretos, ya en el cielo apacible, ya en el mar turbulento;

ya en la vieja muralla donde vagan á trechos de la luna los rayos como formas de espectros;

ya en las reclas columnas de los clásicos templos, ó en ruinas musgosas respetadas del tiempo;

ya en los bosques profundos donde el nido escondieron entre ramas y aromas pajarrillos parleros;

ya en las verdes llanuras ó en los montes soberbios, ya en los santos amores ó en los locos deseos;

ya del hombre en las rudas tempestades sin freno, ya en armar lo imposible y en soñar sin objeto.

Yo viví dulce vida de delirios y ensueños, y hasta hallaba esperanzas en la paz de los muertos.

Yo espantaba las penas con cantares serenos y aplacaba las ansias con llorarlas en verso.

Y hoy, que viene la vida con brutales apremios á imponerme las leyes de sus tristes decretos;

hoy, que luchas argentas solicitan mi esfuerzo y las horas que pasan se me llevan el tiempo,

¡con qué sorda tristeza, con qué gran desconsuelo, con qué angustia y que frío de tus brazos me alejo,

esplendente poesía, virgen de ojos de cielo, que de luz tiene el alma y los ojos de fuego!

Ricardo J. CATARINEU.

GLORIAS NACIONALES

Cuatro galeras españolas derrotan á ocho berberiscas en el golfo de Valencia.

17 de Diciembre de 1618.

Para trabar combate con ocho galeras berberiscas que desde hacía tiempo pirateaban en las costas del antiguo reino de Valencia, en las que eran muy prácticos sus tripulantes, por ser moriscos naturales de ellas expulsados de España en 1609, hizo se á la mar el almirante Octavio de Aragón, con cuatro galeras bien artilladas por gente avezada á las luchas marítimas.

Pocos días después, el 17 de Diciembre de 1618, aquellos bravos españoles avistaron en el golfo de Valencia ocho galeras piratas, mandadas por el argelino Ali-Zaide («Quartanet»), é inmediatamente trabaron con ellas, á pesar de su inferioridad en los elementos de combate, heroicos y desigual lucha.

Supliendo con su intrepidez y valor la desventaja numérica que respectó á sus enemigos tenían, los nuestros lograron causar grandes averías á los barcos piratas, particularmente á la capitana, donde iban «Quartanet», y á la almirante.

Antes de que fuera abordada por los nuestros la capitana enemiga, el soldado Juan de Ariño, llevando á la espalda su rodela y en la boca la espada se tiró al mar, y por el lado opuesto al en que se batían los moriscos con los españoles subió á ella, acometiendo con decisión y saña á un grupo de enemigos por la espalda, matando ó mal hirviendo á varios; como al mismo tiempo penetraban en la galera, por un boquete que abrió la artillería, Octavio de Aragón y el capitán D. García Lope, seguidos de bastantes soldados, los piratas se creyeron perdidos y más cuando vieron que «Quartanet» yacía en tierra con grave herida, por lo cual tras de debili-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 483

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 482

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 479

Allí había un viejo sencillamente vestido de negro pequeñuelo, flaco, chato, con los ojos verdes y la boca sumida

—Dispuesto, señor Berruezo, dijo Perico.

—¡Ah, galopón! Hay que confesar que eres exacto, contestó el mayordomo, mirando una péndola que había en el despacho.

—Algo más exacto que los otros: ya veis, yo soy el primero.

—Es que hoy eres tú el único, Periquillo: vas á acompañar solo á la señora; me intereso por tí, y he mandado que te ensillen un caballo de buena sangre y de buen genio: pero, hijo, la princesa no se ha levantado todavía, ni da muestras de levantarse: vete á almorzar, que bien lo habrás menester para aguantar las dos leguas y media de aquí á Pinto.

—¡A almorzar, eh! ¿y con qué, señor Berruezo?

—¡Bah, hombre! con estos dos ducados.

—Muchas gracias, señor Berruezo, dijo Perico, tomando los dos ducados y mirando maliciosamente al mayordomo: hasta dentro de una hora.

Y salió.

—Es necesario estar bien con este tunante, dijo el mayordomo: ya se ve, si parece hecho á pincel el niño.

—Pues ya veis que cuando se vale de esos medios, no privará mucho con la marquesa.

VII

Dieron en aquel momento las seis en el reloj del alcázar.

—Perdonad, dijo el paje; pero no puedo detenerme ni un momento más: haré lo que deseais: tomad mi llave; id á esperarme á mi aposento: yo volveré.

Y Perico dió la llave de su aposento á Marcos Calderon, y descendió rápidamente por las escaleras.

VIII

A la mitad del descenso, entró por una puertecilla, atravesó una galería solitaria, bajó otro tramo de escalera, y se encontró en una orajía á que correspondían algunas puertas.

En una de ellas, ocrada por una mampara de cuero de Córdoba, se leía:

«Cuarto de la excelentísima señora princesa de Tilly, azafata mayor de su majestad.»

Perico Perea abrió la mampara, entró, atravesó un recibimiento, abrió otra mampara, á su izquierda, y entró en una especie de despacho.

Porque estais de servicio: ya extrañaba yo que me hubiérais contestado tan pronto: no acostumbrais vos á levantaros tan temprano: yo había visto oscurero por el ojo de la cerradura.

—Es que yo soy paje de alto coturno, señor mío, y tengo camarin y resámar.

—Ya lo sé, ya lo sé, amigo Perico; pero decidme: ¿no podéis disponer de media hora?

—Y aun de una, y aun de dos, señor licenciado: porque habeis de saber que cuando mi ama manda que estemos pronto para las seis de la mañana, no montamos á caballo hasta las ocho. Pero dadme licencia para que cierre: no os digo que paseis, porque están á punto de dar las seis, y tengo que presentarme listo ya y corriente, al vejatorio de Berruezo, á ese maldito mayordomo.

Y el paje cambió de la parte de adentro á la de afuera, la llave de la puerta, cerró, guardó la llave en un bolsillo interior de su casaca, se puso el sombrero, y echó á andar erguido y gallardo, hablando con la manera mas gentil del mundo sus espaldas.

—¡Ah! exclamó Marcos Calderon siguiéndole: qué feliz sois, señor Perico.

—Felicísimo, señor licenciado, dijo él: ¿qué me dáis con qué gana monto yo á caballo para ir con el sol